

2003

Un malestar de época: la fragmentación de las identidades colectivas

Enrique Carpintero

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Carpintero, Enrique (Primavera-Otoño 2003) "Un malestar de época: la fragmentación de las identidades colectivas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 57, Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss57/9>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

UN MALESTAR DE ÉPOCA: LA FRAGMENTACIÓN DE LAS IDENTIDADES COLECTIVAS

Enrique Carpintero

La palabra “alteridad” viene de “alterar” que tiene varios significados como “cambiar, variar, hacer una cosa distinta de cómo era o ponerla de manera distinta de cómo estaba”. También significa “perturbar” y “trastornar”. Nos vamos a detener en esta última palabra: “trastornar” que, si la tomamos en su construcción etimológica, quiere decir “volver atrás”, es decir “dar una vuelta de tuerca”; dicho de otra manera, “romper el sentido común”. En este sentido, debemos decir que el psicoanálisis es una apuesta a la alteridad ya que “trastorna” el sentido común. Podríamos hacer una larga lista de conceptos propios del psicoanálisis. Sin embargo vamos a desarrollar uno de ellos que, como veremos a lo largo de este texto, tiene una gran actualidad tanto en el campo de la cultura como de la clínica. Me refiero al concepto de pulsión de muerte.

I. La muerte como pulsión

Veamos desde donde parte Freud. Este transforma la sexualidad en una pulsión para sacarla del ámbito exclusivo de la genitalidad y abarcar todas las áreas del sujeto. Es por ello que cuando realiza la segunda clasificación de las pulsiones, la pulsión sexual se transforma en pulsión de vida, Eros; pero no, para relativizar el peso de lo sexual, sino para reafirmar que lo sexual irrumpe en todas las manifestaciones del sujeto.

Podemos decir que Freud realiza el mismo desarrollo en relación a la muerte, en tanto al transformarse en una pulsión no queda ceñida a la muerte real y definitiva, de la que nada podemos hablar, sino que está presente de

entrada en todo sujeto. Por lo tanto, sus efectos se producen en el transcurso de la vida, en su unión o defusión con el otro par pulsional.

De esta manera, “la muerte como pulsión”¹ por definición no pertenece a la vida psíquica, esta imposibilidad de ser representada en el inconsciente la ubica más allá de él, pero produce efectos que sólo pueden ser atrapados en su unión con la libido: la tendencia del sujeto al sufrimiento y al dolor. El autocastigo, el suicidio, la insistencia en lo displacentero, la violencia destructiva y autodestructiva. En definitiva, sintomatologías donde predomina lo negativo.²

Freud al desarrollar el concepto de pulsión de muerte, plantea que él mismo se expresa en el inconsciente a través de la compulsión de repetición, lo cual lleva al sujeto a colocarse en situaciones dolorosas, repitiendo experiencias no recordadas de su pasado, pero que refieren a su presente. Para explicar este comportamiento Freud habla de una serie de fenómenos en los que aparece una inercia de la vida orgánica que se manifiesta por una tendencia a volver a lo inorgánico.

De esta manera la compulsión a la repetición puede quedar en un permanente repetir o bien permitirá, tal como se da en un tratamiento analítico a partir de la transferencia, la posibilidad de reconstruir secuencias temporales de su pasado, borrando las lagunas mnémicas producidas por la represión. Por ello la pulsión de muerte, que está inscripta en la pulsión de vida, puede tender a la muerte o ponerse al servicio de la vida. En este sentido el desorden entrópico de la pulsión de muerte juega en beneficio de la creación del orden de la pulsión de vida. *Este es el descubrimiento freudiano: que la pulsión de muerte da sentido a la pulsión de vida. Es así como un tratamiento analítico implica la posibilidad de utilizar la fuerza de la muerte como pulsión al servicio de la vida.*

Quisiera detenerme en esta idea. Hay una banalización del concepto de pulsión de muerte al querer verlo como opuesto a la pulsión de vida. Es decir, la pulsión de muerte representaría lo que hay que evitar y la pulsión de vida vendría a salvar al sujeto de los efectos destructores de la pulsión de muerte. Nada más extraño al pensamiento freudiano. Su interés es señalar la condición pulsional del sujeto, es decir el interjuego entre las pulsiones de vida que tienden a la creatividad, y las pulsiones de muerte que llevan a la destrucción. Sin embargo, cada una de estas pulsiones son indispensables, ya que los fenómenos de la vida es una acción conjugada y contraria entre ambas. De esta manera, dice Freud (1920): “la pulsión de autoconservación es sin duda de naturaleza erótica, pero justamente ella necesita disponer de la agresión si es que ha de conseguir su propósito. De igual modo, la pulsión de amor dirigida a objetos requiere un complemento de pulsión de apoderamiento si es que ha de tomar su objeto”. Por ello en toda acción humana vamos a encontrar mociones pulsionales provenientes de Eros y de destrucción.

II. El poder inscripto en nuestra subjetividad

Si queremos dar cuenta de la dimensión inconsciente de la cultura dominante es para entender la fuerza de la fantasía y lo imaginario en la dimensión política. Política, que también se juega en nuestra subjetividad como un espacio de contradicción y lucha, cuya consecuencia la podemos encontrar en la construcción de las identidades individuales y colectivas.

Para comenzar creemos necesario explicar brevemente como entiende Freud la subjetividad. La noción de subjetividad se ha tornado compleja porque no es un dato dado, no se hereda. Tampoco se limita al campo de la conciencia. El sujeto debe dar cuenta de un aparato psíquico sobredeterminado por el deseo inconsciente. Pero este aparato psíquico se construye en la relación con un otro humano en el interior de una cultura. Es decir, hablar de subjetividad implica describir una estructura subjetiva como una organización del cuerpo pulsional que se encuentra con una determinada cultura.

En este sentido, definimos el cuerpo como el espacio que constituye la subjetividad del sujeto. Por ello, el cuerpo se dejará aprehender al transformar el espacio real en una extensión del espacio psíquico. El carácter extenso del aparato psíquico es fundamental para Freud (1938), ya que éste es el origen de la forma *a priori* del espacio: "La espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico. Ninguna otra deducción es verosímil. En lugar de las condiciones *a priori* de Kant, nuestro aparato psíquico. Psique es extensa, nada sabe sobre eso".

Podemos decir que el cuerpo lo constituye un entramado de tres aparatos: el aparato psíquico, -con las leyes del proceso primario y secundario-; el aparato orgánico, con las leyes de la físico-química y la anátomo-fisiología y el aparato cultural, con las leyes económicas, políticas y sociales. Entre el aparato psíquico y el aparato orgánico hay una relación de contigüidad; en cambio entre estos y el aparato cultural va a existir una relación de inclusión. En este sentido, el organismo no sostiene a lo psíquico, ni la cultura esta sólo por fuera: el cuerpo se forma a partir del entramado de estos tres aparatos, donde la subjetividad se constituye en la intersubjetividad. Por ello, la cultura está en el sujeto y éste, a su vez, está en la cultura. Este cuerpo delimita un espacio subjetivo donde van a encontrarse los efectos del interjuego pulsional. Allí la pulsión va a aparecer en la psique como deseo, en el organismo como erogeneidad y en la cultura como socialidad.

De esta manera entendemos que toda producción de subjetividad es corporal en el interior de una determinada organización histórico-social. Es decir, toda subjetividad da cuenta de la historia de un sujeto en el interior de un sistema de relaciones de producción. Pero lo social como marca en nuestros cuerpos no lo debemos entender como una imposición, sino como el resultado de un conflicto que comienza desde la niñez. Este conflicto tiene

los avatares de la castración edípica, que desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo humano. Es aquí donde el poder juega su lucha por el sometimiento haciéndonos creer libres cuando en realidad nos somete desde nuestro interior.

Esto nos lleva a la cuestión del poder. Para Freud la cultura consistió en un proceso al servicio del Eros que, a lo largo de la historia fue uniendo a la humanidad toda. A este desarrollo se opuso -y se opone- como malestar la pulsión de muerte que actúa en cada sujeto. Es decir, la cultura crea un espacio donde se desarrollan los intercambios libidinales y simbólicos. Este espacio ofrece la posibilidad de que los sujetos se encuentren en comunidades de intereses, en las cuales se establecen lazos afectivos que permiten dar cuenta de los conflictos que se producen. Allí el desarrollo de las posibilidades creativas genera la capacidad de sublimación de las pulsiones sexuales y desplazar la violencia destructiva y autodestructiva. Es así como este espacio se convierte en soporte de los efectos de la muerte como pulsión. Cuando una cultura no puede crear este espacio soporte, genera una comunidad (Gemeinschaft) destructiva. Así surge una comunidad donde impera el "sálvese quién pueda". Una comunidad donde la afirmación de uno implica la destrucción del otro. Esta situación trae como consecuencia lo que Robert Castel (1997) llama un "individualismo negativo, derivado de las metamorfosis que se han producido en la sociedad (Gesellschaft). *De esta manera, podemos establecer la hipótesis de que el poder es consecuencia de este malestar en la cultura. Por ello aquellos que ejercen el poder encuentran su fuente en la fuerza de la pulsión de muerte que, como violencia destructiva y autodestructiva, permite dominar al colectivo social. Esta queda en el tejido social produciendo efectos que impiden generar una esperanza para transformar las condiciones de vida del conjunto de la población.* En este sentido, es importante tener en cuenta un poder que represente los intereses de una minoría de otro en manos de la mayoría de la población que permitirá desplazar los efectos de la pulsión de muerte. Esta situación es producto de condiciones económicas, políticas y sociales. Sin embargo desde que el mundo es mundo, a excepción de breves períodos históricos y en determinados países, existe una empresa dirigida desde el poder para organizar el sometimiento de los pobres. Este hecho fue ocasionando contradicciones y tensiones que se han resuelto de diferentes maneras en cada momento histórico, ya que es imposible pretender que los seres humanos vivamos según el orden de un hormiguero o un panal. Su objetivo es controlar la libertad y la condición pulsional del ser humano.

III. Cuando la visibilidad del poder se hace invisible

Freud en *Tótem y tabú* (1913) plantea el papel decisivo que tiene el poder en las comunidades primitivas antes de la aparición de la propiedad privada. Esta premisa es de suma importancia, ya que pone en evidencia que el origen de la propiedad privada no es una determinante absoluta del poder y de dominación social. Esta es una de sus variantes. La hipótesis de la armonía y la igualdad de la sociedad primitiva antes de la introducción de la propiedad privada se convierte en una utopía romántica. También, la existencia histórica del socialismo totalitario estalinista ha demostrado que la función represiva del poder no desaparece automáticamente con la abolición de la propiedad privada. Este aparece en cualquier forma de organización social y tiene sus orígenes en la condición pulsional del sujeto humano. De allí la importancia de la fuerza del colectivo social para permitir formas organizativas que generen comunidad. Es decir, como plantea Spinoza, no es solamente el afán desmedido de manipulación y dominio de un sector social el que genera el poder. También podemos observar en otros muchos un afán de servidumbre, una impotencia que los lleva a esperar sus alegrías y felicidad de supuestos poderosos. Creer en un salvador. Los seres humanos sufren la servidumbre de sus pasiones tristes que disminuyen su propia potencia. En esta perspectiva el camino ético -según Spinoza- no es una supresión de las pasiones sino enfrentar las pasiones tristes (la depresión, el odio, el miedo) con el poder de las pasiones alegres (el amor, la solidaridad, etc.). Por ello la importancia de una política liberadora que tenga en cuenta que las pasiones no son meros defectos, meras carencias originadas en la ignorancia. Una buena teoría política ha de partir de que los seres humanos nunca pueden ser plenamente racionales, guiándose por sus opiniones y pasiones comunes. Por ello debe entender las causas de las situaciones que pretende enfrentar pero la eficacia como teoría y conocimiento capaz de orientar las acciones políticas dependerá no de su verdad o de la fuerza de sus demostraciones sino del contexto institucional y pasional que le permita transformarse en una guía para la acción potenciando la fuerza del colectivo social contra el poder que la limita.

En este sentido, tal como venimos afirmando el poder no se agota en los aparatos del Estado, los grupos económicos, los partidos políticos y las instituciones sociales sino también -deberíamos decir fundamentalmente- se encuentra en como se relacionan los sujetos en la sociedad. Es aquí donde la visibilidad del poder se hace invisible.

Es decir, como plantea Marx: "El capitalismo es una relación social" y para que esta funcione el poder ejerce su dominación generando formas de control social cuyas características depende de cada etapa histórica.

Si en los inicios del capitalismo la burguesía necesitaba del proletariado como fuerza de trabajo, en la actualidad el imperio del capital financiero necesita para su reproducción mundializada de estados nacionales que se subordinen y de un sujeto solo y aislado de su clase social. Esta lógica política, social, económica y cultural genera una contradicción y lucha entre el capital y el trabajo que no tiene precedentes en la historia. Su resultado ha sido que la lucha de clases no sólo no se ha extinguido, sino adquiere una complejidad donde los dominados también son controlados desde su subjetividad. Esta dominación tiene diferentes formas en la organización de la familia, la sexualidad, el cuerpo, la importancia del espacio privado en detrimento del espacio público, el peso de los medios de comunicación, los desarrollos tecnológicos, etc. Por ello, como plantea León Rozitchner (1987), debemos tener en cuenta que “hay que comprender la política desde otro lugar: aquel que nos muestre el modo como los ‘elementos’ últimos del poder social -los hombres- son movilizados por la representación del poder que vive en ellos de manera invertida, organizada y dirigida contra ellos mismos. No hay poder colectivo, político por lo tanto, que no suscite o se dirija al poder individual. El despotismo cuenta con la ilusión de trascendencia del poder. Poder que aparece como si viniera sólo desde afuera, en su monstruosa apariencia, dominante e imperiosa, ocultando el hecho de que en realidad se alimenta del nuestro propio. Todo poder despótico se apoya en una relación de dominio individual, y cuenta con la disolución del poder colectivo como inconsciencia de sí, en cada uno, en el momento mismo en que lo domina.”

IV. Argentina: entre el miedo y la ilusión

Al capitalismo no lo podemos entender únicamente como una fría máquina de extraer plusvalía. El capitalismo solamente puede realizar su insaciable voracidad estableciéndose en órdenes históricos y sociales, donde necesita de la complicidad de sujetos para existir y perpetuar el poder que garantiza su funcionamiento. Estos sujetos, a diferencia de una fría máquina contable de aumentar beneficios, actúan dando a sus acciones justificaciones que generan una creencia desde la cual el colectivo social explica su adhesión a una forma de vida en la que se encuentran inmersos. De esta manera, dicha aceptación, que puede ser explícita o implícita, tiene un soporte imaginario y simbólico creado por la cultura dominante. La fractura de este soporte imaginario y simbólico provoca una angustia social en la cual la incertidumbre ubica al sujeto en un no saber; en cambio, la certidumbre de un supuesto saber, en el que algo peligroso va a suceder, es objetivada en diferentes miedos producidos por el poder para dirigir y manipular al colectivo social, con el fin de seguir ejerciendo su dominación.

Es decir, el poder de la cultura dominante utiliza el miedo que, transformado en terror, nos paraliza y crea una ilusión imposible de ser realizada.³ En la Argentina durante el año 1976, cuando se establece la última dictadura militar, el terror se implantó a través de una represión sistemática en todos los órdenes de la vida social, cuyo resultado fue los 30.000 desaparecidos. Su objetivo fue imponer una política económica y social que continúa hasta la actualidad. Luego, ante el fracaso de la aventura militar en la guerra de las Malvinas, Alfonsín genera la ilusión de que con la democracia se podían solucionar todos los problemas que tenía la Argentina. No hubo que esperar mucho tiempo para que los grandes capitales financieros provocaran el terror con la hiperinflación. Es el gobierno de Menem quien trae tranquilidad: “un peso igual a un dólar” es la nueva ficción que nos hace creer que somos un país del primer mundo. Esta ilusión la denominamos la “utopía de la felicidad privada”. La misma se sostiene en una denegación de la realidad que funciona como una “Patafísica”. Ésta es una ciencia imaginaria inventada por el escritor Alfred Jarry. Los personajes de sus novelas viven la ilusión de la existencia donde todo es posible aunque la realidad lo desmienta. Por ello, podemos decir que el “Padre Ubu” vivió en la Argentina y cuando su panza estalló no sólo se encontró con el vacío de su existencia, sino que no tenía para comer. Es cierto, desde hace mucho tiempo existen los pobres y los desocupados. Sin embargo, ahora son muchos más y aparecen en la televisión. Más de la mitad de la población vive por debajo del nivel de pobreza, el 30% es indigente y casi el 30% no puede encontrar trabajo. Esta situación produce miedo. Miedo a quedar desocupado o morir de hambre. Pero como esto no es suficiente es necesario generar otros terrores para hacer más efectiva la dominación: el miedo a los otros. Los otros son los enemigos que nos van a robar, secuestrar o asesinar. Es evidente que esta posibilidad existe en nuestras ciudades. Sin embargo, es necesario destacar también el aumento significativo de la violencia familiar y la tasa de suicidios, en especial de adolescentes y personas mayores. Hoy Argentina ocupa el primer lugar en América y está entre los primeros del mundo. Por supuesto, se habla muy poco de esta violencia autodestructiva.

El 19/20 de diciembre de 2001 el poder es puesto bajo sospecha. El camino iniciado en el año 1994 por diferentes organizaciones piqueteras de obreros desocupados se encuentra con otros sectores sociales que salieron a la calle y descubrieron una fuerza que produce comunidad. Es decir, la experiencia transforma una subjetividad que produce realidad. En una semana se suceden cinco presidentes. En las grandes ciudades -en especial la ciudad de Buenos Aires- los vecinos se organizan en asambleas vecinales. Una consigna define esa época: “Que se vayan todos, que no quede ni uno sólo”. En este grito podemos leer un rechazo a las privatizaciones, la desocupación, la corrupción en el poder y otras calamidades. Se suceden manifestaciones casi a diario reclamando diferentes demandas. Es así como

se produce una escisión entre los políticos del poder y la sociedad, entre el Estado y la sociedad. Sin embargo es imposible mantener durante mucho tiempo una movilización permanente. La necesidad de encontrar formas de organización políticas para oponerse al poder conllevan disputas inevitables que debilitan al movimiento social. Esta situación determina que muchos de los que se habían integrado a las asambleas desde la no militancia política comienzan a sentirse defraudados. Por ello en la actualidad las asambleas no tienen la vitalidad de los comienzos. Pero aquellas que continúan, si bien no son muy numerosas, toman iniciativas concretas. Organizan festivales, ocupan locales vacíos para hacer centros culturales o merenderos para carenciados, impulsan ferias de trueque, apoyan a los piqueteros en lucha y participan en la ocupación de fábricas abandonadas por sus dueños que son administradas por los obreros. Es necesario reconocer que todo movimiento social tiene momentos de pausa. Este es uno de ellos. Su resultado fue que la convocatoria a las elecciones de este año se desarrolló ante la incredulidad e indiferencia política del conjunto de los ciudadanos. La paradoja es que el voto "bronca" que se anunciaba como generalizado no existió. El voto anulado, en blanco y a las organizaciones de izquierda fue mínimo. Pero la paradoja más evidente fue que el voto "útil" al candidato menos malo es acompañado por la falta de creencia de que algo pueda ser cambiado. El peligro es que el vacío de la desesperanza sea ocupado por el miedo. Es allí donde el poder encuentra su fuerza de dominación.

V. Laboratorios sociales de Salud Mental

El imperio del capitalismo mundializado se ha extendido de tal forma que el destino de cada uno de nosotros depende de una complicada red de relaciones del mercado mundial. La cultura de McDonald's usurpa subjetividades y afectos en base a una expansión universal y a una nueva alineación, donde el fetichismo de la mercancía tiene las características de la seducción mediática. Es así como regula ideológicamente una ficción que evita al sujeto identificarse con su grupo social (clase social, profesión, género, etc.). Su resultado ha sido el debilitamiento de las identidades individuales y colectivas. El obrero no se identifica con su clase social. El empresario ya no es empresario pues no sabe dónde está parado. El profesor no enseña, se dedica a hacer "papers" para aumentar su currículum. El adolescente observa que nada sirve y estudiar o no, es lo mismo: no va a encontrar trabajo. El niño descubre que en su niñez no hay juguetes sino miseria, hambre y pedir limosna.

Es necesario tener en cuenta que la desocupación, la precariedad del trabajo y la fragilidad de los sistemas de protección social y de salud, traen como consecuencia la sensación de inestabilidad y vulnerabilidad social.

Sabemos que el trabajo es más que el trabajo. Dicho de otra manera, el desempleo no es solamente la falta de trabajo, ya que como plantea Freud (1920), “ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que en él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confieren un valor que no le va a la zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad.” Como Freud se refiere al trabajo en las condiciones del desarrollo capitalista de principios del siglo XX continúa diciendo: “...La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente. No obstante, el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia las otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos sólo trabajan forzados a ello, y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales.”

Es decir, cuando una cultura no puede crear un espacio-soporte donde se desarrollan los intercambios humanos establece una comunidad destructiva cuyo resultado es el vaciamiento de la subjetividad y los procesos de desidentificación. Sin embargo, a este hecho que ha llevado a la fragmentación social en la actualidad se le oponen espacios donde aparecen nuevos modos de identificación, basados en prácticas que generan lazos de solidaridad: las organizaciones piqueteras de obreros desocupados, las empresas comunitarias ocupadas y administradas por los obreros, las asambleas vecinales y los diferentes grupos de resistencia cultural.

De esta manera, estas experiencias se constituyen en un espacio-soporte de los efectos de sintomatologías donde predomina lo negativo: aislamiento, suicidios, depresión, sensación de vacío, etc. En este sentido se transforman en verdaderos laboratorios sociales de Salud Mental, ya que el encuentro con el otro permite desde lo simbólico la recomposición de la subjetividad y los procesos identificatorios.

Es así como nos encontramos frente a una tensión entre la fragmentación y el reagrupamiento, entre la disolución y la reconstitución de las identidades colectivas, aún no resuelto. En este sentido se plantea el desafío -para decirlo en términos de Spinoza- en como enfrentar las pasiones tristes con una política liberadora de las pasiones alegres. Una política que permita construir una democracia de la alegría de lo necesario. Su resultado depende de todos nosotros.

NOTAS

1 “No hay trabajo de la muerte, ésta no trabaja. No hay muerte ‘natural’. La muerte está construida por la vida. A medida que vivimos vamos trabajando nuestra muerte. Cuando está construida desaparecemos. El sujeto va construyendo con su vida su enfermedad, su vejez y su muerte. El concepto de muerte estuvo presente en la teoría psicoanalítica desde los inicios de su formulación, aunque no siempre sin expresar dificultades y contradicciones. Si cuando hablo de ‘muerte’ en la teoría me estuviera refiriendo al momento que señala la cesación de la vida, nada tendría que decir. A lo que me refiero es a esa muerte trabajada por la vida que está presente en el individuo desde que nace...” En este sentido “...no puede reducirse la pulsión de muerte a la destrucción del objeto interno o externo. Esta es la expresión de componentes destructivos, especialmente autodestructivos, pero es también abandonarse al exceso de excitación que lleva a la actuación destructiva, así como a la falta de excitación que trae un sentimiento de inexistencia. Es decir, está presente en el narcisismo que se autosatisface, pero también en aquel sujeto que omnipotentemente destruye al objeto”. Carpintero, Enrique *Registros de lo negativo. El cuerpo como lugar del inconsciente, el paciente límite y los nuevos dispositivos psicoanalíticos*. Topía editorial, Buenos Aires, 1999.

2 “Con este termino me refiero a patologías en las prevalece el vacío, la nada, un destino trágico del funcionamiento psíquico y el pasaje el acto. Por ello vengo planteando que el trabajo con la pulsión de muerte es el paradigma de la práctica analítica en la actualidad. Esto lleva al giro del trabajo con la pulsión sexual, a los efectos de la pulsión de muerte como violencia destructiva y autodestructiva”. Carpintero, Enrique “El giro del psicoanálisis”, revista Topía en la clínica, año IV, N°5, marzo de 2001. Buenos Aires.

3 “... se ha producido un estallido de las relaciones de solidaridad que imposibilita la dialéctica en que las mismas se fundan. Su consecuencia es vivir la actualidad de nuestra cultura con una sensación de desintegración que conduce a estado de angustia social que se convierte en insostenible si no se divide en miedos particulares que son temibles pero tienen un nombre, se los puede explicar, se puede pensar en ellos y clasificar a través de racionalizaciones. Jean Delumeau cuando analiza la función del miedo en diferentes épocas históricas los clasifica en miedos espontáneos y reflejados. Los primeros son aquellos que surgen por sí mismos ante una situación de la realidad. Los segundos derivan de una interrogación sobre las desgracias de la época y son promovidos por directores de la conciencia colectiva con el fin de perpetuarse en el poder: nosotros o el fin del mundo.” En este sentido “... el miedo suscita no sólo una paralización de las posibilidades individuales y colectivas de acción, sino también una paralización de las posibilidades emocionales de expresión. El miedo no sólo produce una parálisis motora, sino afectiva. Cuanto menos afectos sean accesibles a la vivencia menos será la posibilidad de encarar las situaciones amenazadoras de manera que surja una motivación para la acción, pues sentir implica participar. Por eso el control de los afectos y la parálisis de la acción están tan interrelacionados entre sí ya que son capaces de amplificarse mutuamente. Ambos son fuentes de miedo y, por tanto, suscitan defensas frente al miedo.” Carpintero, Enrique “La esperanza es una forma de la memoria”, revista Topía, año V, N° 13, Buenos Aires, abril de 1995.

OBRAS CITADAS

Bourdieu, Pierre: *Cosas dichas*, editorial Gedisa, Barcelona, 1993.

Carpintero, Enrique: *Registros de lo negativo. El cuerpo como lugar del inconsciente, el paciente límite y los nuevos dispositivos psicoanalíticos*, editorial Topía, Buenos Aires, 1999;

Carpintero, Enrique, *La alegría de lo necesario. Las pasiones y el poder en Spinoza y Freud*, editorial Topía, Buenos Aires;

Carpintero, Enrique, "La esperanza es una forma de la memoria", revista Topía, año V N° 13, Buenos Aires, abril de de 1995;

Carpintero, Enrique, "Una democracia con la alegría de lo necesario", suplemento de Página /12, Buenos Aires, 19 de enero de 2001;

Carpintero, Enrique, "El yo es nosotros"; Comentario sobre psicoanálisis, subjetividad e ideología", revista Topía, año XIII, N° 37, abril de 2003.

Carpintero, Enrique y Hernández, Mario (compiladores) *Produciendo realidad: las empresas comunitarias (Grissinopoli, Río Turbio, Zanón, Brukman y General Mosconi)*, editorial Topía, Buenos Aires, 2002.

Castel, Robert, *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997.

Delemeau, Jean, *El miedo en occidente*, editorial Taurus, Madrid, 1985.

Freud, Sigmund, *Totém y tabú*, tomo XIII, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979.

Freud, Sigmund, *Más allá del principio de placer*, tomo XVIII, ídem.

Freud, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*, tomo XVII, ídem.

Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, tomo XXI, ídem.

Freud, Sigmund, *Conclusiones, ideas y problemas*, tomo XXIII, ídem.

Rozitchner, León, *Freud y el problema del poder*, editorial Plaza y Valdés, México, 1987.

Spinoza, Baruch, *Ética*, editorial Aguilar, Buenos Aires, 1982. *Tratado político*, editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1990.